que perderían la gran riqueza que aquesta tierra mostraba; y porque conocía que nada más les convenía que poblar en ella les persuadía diciendo: que no diesen lugar a que la gozasen otros. Ofrecía que como capitán general nombraría cabildo u regimiento para poblar, y señalaría los demás oficiales en una república necesarios, y que después ellos todos le elegirían en nombre del rey. No pasó esto tan secreto que los de la parte de Diego Velázquez (que eran en mayor número) no lo supiesen; y así le dijeron que no anduviesen en secretos sino que tratase de embarcarse, pues que no había bastimentos para poblar. Con mucha paciencia respondió Cortés que le placía y que no iría contra las instrucciones y memorias del señor Diego Velázquez, y mandó echar bando que otro día la gente se embarcase cada uno en el navío en que había ido. Los que seguían su parte, que ya estaban de acuerdo todos juntos, respondieron que no era bien hecho haberlos llevado engañados pues había mandado pregonar en Cuba que iba a poblar y rescatar y que por tanto le pedían que poblase, porque hacerlo era un muy gran servicio de Dios y del rey. Con ésta y otras razones dejando libertad para que quien quisiese se volviese a Cuba, Fernando Cortés aceptó lo que deseaba haciéndose mucho de rogar y con condición que le nombrasen por capitán general y justicia mayor y le diesen otro quinto de todo el oro que se ganase después de sacado el del rey. De esta manera se fundó la Villa Rica y se nombraron los oficiales de esta nueva república (como lo referimos en el libro del gobierno de esta tierra). Hecho esto, hizo otro auto Cortés ante el escribano, ante quien todo esto pasaba y ante los alcades nuevos en que dejó, desistió y cedió en manos y poder de ellos y como justicia real y ordinaria el mando y cargo de capitán y descubridor que le dieron los frailes gerónimos que residían y gobernaban en la Isla Española por su majestad y que no quería usar del poder que tenía de Diego Velázquez, lugarteniente de gobernador en Cuba, por el almirante de las Indias para rescatar y descubrir buscando a Juan de Grijalva, por cuanto ninguno de todos ellos tenía mando ni jurisdición en esta tierra que él y ellos acababan de descubrir y comenzaban a poblar en nombre de el rey de Castilla, como sus naturales y leales vasallos, y así lo pidió por testimonio y se lo dieron.

CAPÍTULO XIX. *De cómo habiendo fundado Cortés la Villa Rica pasa a Cempoalla, y del recibimiento que se le hizo*

ÍZOSE EL ASIENTO DE LA VILLA RICA como dejamos dicho en el capítulo pasado y el nombramiento de sus oficiales; pero de la dicha elección blasfemaron mucho todos los de la parte de Diego Velázquez, especialmente los capitanes Juan Velázquez de León, Diego de Ordás, Francisco de Morla Escobar y el padre Juan Díaz y otros principales y todo género de personas, afirmando ser traición que contra Diego Velázquez se cometía, y ser derechamente contra las instrucciones que le había dado. Viendo

Fernando Cortés que crecía el rumor con murmuraciones y corrillos mandó prender a Juan Velázquez de León, a Diego de Ordás y otros cinco y enviarlos a la capitana y tenerlos a buen recaudo, aunque con buen tratamiento; y por momentos los enviaba a avisar por amigos suyos y hacía que les hablasen haciéndoles grandes ofrecimientos. Aplacáronse los presos porque no podían más; y dejando a Diego de Ordás y a Juan Velázquez, soltó los otros cinco, aunque después los soltó a los dos porque Fernando Cortés no quería fundar su imperio y mando con desabrimiento de otros sino con caricia que a todos hacía y amor que les mostraba, haciendo siempre de los enemigos amigos y no perdiendo jamás de los amigos que granjeaba; y así fueron estos dos después de los mayores amigos que tuvo. Sosegado este ruido y habiendo dado licencia públicamente para que el que quisiese irse se volviese a Cuba, trató de pasar su gente al otro pueblo que le dijeron sus capitanes que estaba junto al buen puerto, para poder asegurar sus navíos de la fuerza del norte (que es el viento más continuo y de riesgo de aquellas costas). Mandó ir los navíos con alguna gente de mar y el bastimento y cosas que no podían ir por tierra, y que él se iría por tierra con los soldados, costa a costa; de esta manera comenzaron a marchar con dos falconetes y los caballos y algunos indios de carga, de los que habían traído de Cuba. Llegaron a un río adonde después se pobló la Vera Cruz (que ahora llamamos Vieja); pasáronse en unas canoas quebradas y en balsas porque iba hondo, y descubrieron de la otra parte unos pueblos sujetos a Cempoalla de donde eran los cinco indios que habían hablado a Fernando Cortés en el arenal. Halláronse ciertos adoratorios con los ídolos y lugares donde se hacían los sacrificios, sangre derramada, braseros para sahumar y muchos libros de papel que en la tierra entonces usaban, en que conservaban sus ritos y ceremonias y los sucesos de casos acaecidos e historias, y la gente de miedo se había huido. Durmieron allí los españoles aquella noche; el día siguiente caminaron la tierra adentro, la vuelta del poniente, dejando la costa y sin saber el camino, dieron en unos buenos prados que se llaman sabanas, donde se hallaron grande muchedumbre de venados.

Ya los indios, que con tales novedades estaban con cuidado (y que en cosa de dar aviso no se tardan), le habían dado al señor de Cempoalla de que los españoles andaban por la tierra; el cual envió doce hombres de los mismos de las aldeas y pueblos pasados a rogar a Cortés que fuese a su pueblo, que estaba allí cerca y en su nombre le presentaron pan de maíz y gallinas y dándoles las gracias pasaron adelante; y hicieron noche en otro pueblo chico donde los recibieron con amor y dieron de cenar, porque la noche antes en esotro no cenaron, que no hubo qué, ni quién se lo diese, por haberse ausentado la gente de miedo de los españoles; y en éste y en todos hallaban en los templos gente sacrificada; y también supieron aquí que para ir a Chiahuitztlan, en cuya demanda iban, habían de pasar por Cempoalla, por lo cual le envió Cortés a avisar al señor con seis indios de los doce que le había él antes enviado y los otros seis se quedaron con él para guiarlos al pueblo. Caminaba la gente en orden y armados y llevaban

la artillería en lugar que pudiese ser de efecto si quisiesen o si se ofreciese quererse aprovechar de ella, que tiraban los indios de Cuba y los negros y algunos soldados que les ayudaban. Iban corredores delante porque no fuesen ofendidos en ninguna emboscada o acontecimiento forzoso y repentino. Cuando llegaron a una legua de Cempoalla salieron a recibir a Fernando Cortés de parte del señor del pueblo veinte señores principales y llevaban ramilletes de flores lindamente artificiados, que dieron con grande amor y humildad a Cortés; porque es costumbre antigua de los indios recibir a los mayores con esta caricia y sumisión (como en otra parte decimos); y le dijeron que el cacique y señor le esperaba en su aposento, y que por ser hombre grueso y pesado no salía a recibirle. Cuando los castellanos entraron por el lugar y vieron tan gran pueblo, tan fresco y alegre, con casas hechas de adobe y otras de cal y canto y tan lleno de gente por las calles que los salían a ver, se confirmaron en llamar a la tierra Nueva España (como antes Grijalva la había nombrado); y daban gracias a Dios por haber descubierto tales tierras. Era entonces Cempoalla grandísimo poblazón y de grandes edificios, con buenos maderamientos, y en cada casa había una huerta, con su agua de pie, que parecía todo junto un deleitoso paraíso, porque no sólo estaba muy verde y fresco, sino también cargado de fruta, porque la había de invierno y de verano, y estaba este pueblo asentado en un llano, entre dos ríos, tierra fértil con buenos términos, mucha parte llana con buenos pastos y caza de todo género; por otra parte tiene algo cerca la sierra. Hacíase cada día mercado de todas las cosas vendibles adonde asistían personas que hacían justicia. Vieron que vivían políticamente y que todos tenían en mucha veneración a su señor. Que no andaban desnudos como los otros indios de las islas, y con todas estas cosas estaban los nuestros admirados y deseosos de verse moradores de la tierra donde tantas cosas buenas hallaban. Estaba Cempoalla lo más cerca, legua y media de la mar.

Yendo (pues) caminando los corredores de a caballo llegaron a la gran plaza y patios, donde estaban las casas y calpules (que así llaman a las salas grandes de comunidad u de cabildo), y como había poco tiempo que habían renovado el encalado estaban muy bruñidas y relucientes (porque esto lo hacían en extremo entonces y ahora con mucha curiosidad); y pareciendo a uno de aquellos españoles que era plata, volvió a rienda suelta a decir que había visto paredes de plata; pero luego se entendió lo que era y fue muy reída la embajada. Estaba la gente de la tierra espantada de ver los caballos, los tiros y los hombres tan extraños; había entre la gente muchas señoras acompañadas de sus criadas y todos daban a entender la maravilla de tanta novedad para ellos; pero caminando los castellanos entraban ya los indios sin temor entre ellos y les daban ramos y flores y a Cortés dieron un ramillete hecho con mucho artificio y le echaron al cuello una graciosa cadena de flores y rosas y una guirnalda en la celada. Llegados al patio viéronle cercado de una pared muy grande, bruñida y enlucida de yeso de espejuelo, que herida del sol resplandecía mucho, que fue lo que al soldado de a caballo había parecido plata; y bien pienso que con la

imaginación que llevaban y buenos deseos de dineros todo se les antojaba plata y oro; no siéndolo todo lo que reluce, como dice el proverbio; y esto es así, que a cada uno se le antojan las cosas de aquel color engañoso que se las representa la propia pasión o el interés; y ésta fue la causa porque la naturaleza (como tan diestra y discreta en sus operaciones) ordenó que las niñas de los ojos, que son las que hacen la vista (como dice el Filósofo)[1] no tuviesen color ninguno en sí mismas, porque a tener alguno le pareciera de aquél todas las cosas que vieran, aunque fueran ellas de otros muy diferentes como en realidad de verdad lo son, con variedad y distinción, y como muchas veces los hombres no siguiendo reglas de naturaleza ni los documentos que da, caen en los defectos de el antojo que lo blanco hace negro y lo negro blanco; y como dice el profeta,[2] al bien llaman mal y al mal bien. Porque visten las cosas no como ellas son sino como les parece y les ciega la pasión u afición; y en cosas de interés, más predomina la ceguera, que inclina al mal, que la razón, que encamina al bien; y la escoria afirma ser alquimia y la alquimia oro, y el yeso bruñido plata; y a la verdad, como en esta ocasión que decimos fue imaginación; así fue imagen sin el cuerpo y alma que deseaban.

Salió el señor a recibir a Cortés acompañado de personas ancianas y autoridad, llevándole dos caballeros de los brazos (porque era costumbre entre ellos salir así cuando un señor recibía a otro). Fue este recibimiento con muchas cortesías y comedimentos, y cuando se vieron ya estaban personas a punto para aposentar a los españoles y proveerlos de todo lo que hubiesen menester; fueron pocas las palabras que se hablaron por sus intérpretes y luego el cacique se entró en su palacio y Cortés fue muy bien aposentado en el patio de el templo mayor, adonde cupieron todos por ser los calpules u salas muy grandes y capaces para todos. Mandó Cortés que nadie saliese fuera sin licencia por estar con más cuidado y por excusar los atrevimientos de los soldados; tenía su cuerpo de guardia, sus centinelas, el artillería en buen puesto, los caballos siempre apercibidos; y los indios les servían y proveían de todo para la comida suya, maíz y yerba para los caballos; y por la grandeza de el lugar y hermosura de los edificios unos le llamaron Sevilla; y otros, por su frescor y abundancia de frutas, Villa Viciosa. Ahora no tiene este sitio morador ninguno porque vino desde entonces en tanta disminución que no vinieron a quedar más que tres o cuatro personas en él. Y en la congregación de pueblos que el conde de Monterrey hizo, se pasaron estos pocos vecinos a un pueblo que es de la doctrina y visita de Xalapa, que está a la doctrina de los frailes de San Francisco; y los que en aquel tiempo eran tantos vinieron en éstos a tanta disminución como ésta y a no sólo ser pocos en su pueblo; pero por ser tan pocos fueron quitados de su sitio y llevados a otro, que cuando llegaron los españoles era muy pequeña aldea en su comparación. Y esto es porque así lo ordena Dios y lo quiere; y los que ven este lugar y la grande distancia de lo que en contorno cogía la poblazón pasada dicen: aquí fue Cem-

[1] Aristot. de Animal. lib. 1. c. 9.
[2] Esaias cap. 5.

poalla; como en otros tiempos en Grecia (y ha quedado por proverbio común): aquí fue Troya. Están todas aquellas llanadas y campos pobladas de ganado mayor y son sitios de estancias de hombres que las han pedido de merced y las han comprado; y aunque de presente ha parado en esto Cempoalla, pasaré en el capítulo que viene a tratar lo que entonces sucedió al marqués con el señor y moradores de esta grandiosa poblazón.

CAPÍTULO XX. *Que Fernando Cortés y el señor de Cempoalla tratan la causa de la opresión de los totonaques; y hacen amistades, y se va Cortés a sus navíos*

TRO DÍA SIGUIENTE VINO ESTE CACIQUE a ver a Cortés, acompañado de mucha gente noble, y presentóle muchas mantas de algodón y ciertas joyas de oro que podían valer hasta dos mil ducados. Díjole que descansase y se holgase él y los suyos; y que porque tuviesen tiempo para ello no quería darle pesadumbre ni hablarle en negocios de gobierno y otras cosas de consideración, y así se despidió de él como había hecho el día antes. Luego que se fue entraron con mucha comida guisada más indios que eran los españoles y mucha fruta y pan y ramilletes de flores; pasóse este día y luego el siguiente envió Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España y muchas cosillas de rescate; y pareciendo que convenía asegurarse más en lo que deseaba hallar, envió a decirle que le dejase ir a su casa a verle y hablarle allá, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese a verle y que él no fuese con el debido retorno a vesitarle; respondió el cacique que fuese muy en las buenas horas que de ello gustaba mucho. Acompañóse Cortés de cincuenta soldados bien apercibidos y dejó la demás gente en advertencia y vela para todo lo que pudiese suceder. Fue a casa de el señor con este acompañamiento dicho; salió a la calle el cacique a recibirle y de allí se fueron a una sala baja; sentáronse entrambos en unas sillas bajas (que llaman icpales) y apartándose la gente de uno y otro quedáronse con ellos los intérpretes; comenzaron a tratar algunas cosas por demandas y respuestas, porque Cortés deseaba mucho informarse bien de las cosas de la tierra y más en particular de el gran señor y rey Motecuhzuma. La summa de el razonamiento de Cortés fue darle cuenta y razón de su venida, de quién le enviaba y a qué, de la misma manera que la había dado en Tabasco, y al gobernador Teuhtlille y a otros, diciéndole la grandeza de su rey, la falsedad de sus dioses, la verdad de nuestra religión cristiana y los bienes que en seguir a Dios verdadero se ganan y granjean. Todo lo oyó con atención y respondiendo, dijo que los dioses que tenía eran buenos y que por tales los habían adorado sus antepasados. Y que cuanto a la grandeza de el rey que le enviaba, también era muy grande Moteçuhzuma, a quien servía toda aquella tierra que se llamaba Totonacapa, que casi llegaba hasta Pánuco y que era muy temido y respetado de todos los que oían su nombre.